

A CIEN AÑOS DE «LA GUERRA CHIQUITA DE LOS NEGROS» DE 1912: MEMORIAS DE UN COMBATIENTE

> TATO QUIÑONES

QUERIDAS AMIGAS, QUERIDOS AMIGOS,

Sirvan mis primeras palabras para dar testimonio de mi gratitud a la Universidad de Ginebra y las otras instituciones culturales suizas que lo auspician por su gentil invitación — que mucho me honra — a participar en este evento. Mi agradecimiento también a la profesora Aline Helg — a quien tuve el placer de conocer en Washington en 1999 y reencontrar después en La Habana — cuyo estudio *Lo que nos corresponde: La lucha de los negros y los mulatos en Cuba por la Igualdad: 1896-1912* es, a mi juicio, una contribución más que notable al mejor conocimiento de los cubanos de nuestra propia historia, la historia de aquella lucha que fue escamoteada, cuando no negada, durante más de un siglo de gobiernos republicanos, antes y aún después del triunfo de la revolución de 1959. De manera que no les resultará difícil a ustedes comprender el profundo significado que tiene para mí esta reunión, a cien años de la masacre de los Independientes de Color y a tantos miles de kilómetros de la isla del Caribe donde tuvieron lugar aquellos hechos. ¡Muchas gracias!

Dicho lo anterior, debo aperebirlos ahora, queridos amigos y amigas, que mi intervención de esta tarde — que los redactores del programa del evento han calificado generosamente de «conferencia» — estará bien alejada de cualquier pretensión académica o prurito de erudición, que me son ajenos.

De manera que me limitaré a contarles, tal como recuerdo que él me la contó, la historia de la participación insólita del negro cubano José Jacinto Sierra Pluma y sus compañeros en la así llamada «guerrita de los negros de 1912», y a partir de ella, formular algunas conjeturas que acaso resulten útiles para espolear el debate.

Dicho esto, al asunto.

Conocí a «Pluma» — así le decían al personaje — al principiar la década de los setentas del siglo pasado. Era yo entonces un joven periodista que pretendía ganarme la vida «por lo que diera la mocha», expresión esta que, en buena norma del lenguaje popular cubano, quiere decir como trabajador por cuenta propia del reportaje, la crónica o la entrevista. Pluma era, ya ha sido dicho, un negro cubano centenario ya, seco y delgado, como un cuje, de más de seis pies de estatura y pelo y barba amarillentos, que había combatido en el Ejército Libertador durante la segunda guerra que por la independencia libramos los cubanos durante el siglo XIX, a las órdenes del brigadier Roberto Bermúdez, jefe — podría decirse que feroz — de uno de los más aguerridos regimientos del contingente de mambises que comandaba el Mayor General Antonio Maceo en la provincia de Pinar del Río. Sabía yo, además, que en la década de los cuarentas, devenido obrero portuario, militante del Partido Comunista y dirigente sindical de los trabajadores



Tato Quiñones en Ginebra mayo de 2012

de la bahía de La Habana, Pluma había servido de guarda-espaldas a Aracelio Iglesias, el legendario dirigente de los trabajadores portuarios, asesinado en 1948.

Con semejante «curriculum» — pensaba yo — la entrevista a Pluma podría resultar lo suficientemente interesante como para colocarla en alguna revista o tabloide de los que publicaban mis escritos por aquellas fechas.

Pero lo que no sabía, y sólo supe cuando lo entrevisté, es que Pluma, sin proponérselo — nunca estuvo afiliado al Partido Independiente de Color — había participado en la asonada que, en demanda de la derogación de la célebre «Enmienda Morúa», protagonizaron en las montañas de la antigua provincia de Oriente los militantes de aquel partido, acaudillados por el comandante Evaristo Estenez y el coronel Pedro Ivonet, ambos veteranos del Ejército Libertador Cubano.

La historia, tal como recuerdo ahora que Pluma me la contó, es como sigue.

Desde los primeros días de mayo de 1912, Pluma y otros compañeros suyos, casi todos negros y casi todos veteranos de La Independencia, laboraban como peones agrícolas en una hacienda cercana al pueblo de Guanajay, en la antigua provincia de Pinar del Río, la más occidental de la isla de Cuba.

Un día, cuando ya se había desencadenado la atroz matanza de negros independientes de color en la provincia de Oriente — la más oriental de la Isla, como su nombre indica

—, distante casi mil kilómetros de Guanajay, Pluma y un grupo de sus compañeros se fueron al pueblo cercano. No tenían noticia ni del levantamiento de los independientes, ni de la represión brutal desencadenada contra ellos por el gobierno de José Miguel Gómez, mayor general blanco del Ejército Libertador y segundo presidente de la primera república cubana.

Ya en el pueblo, me contó Pluma, fueron a una tienda mixta a comprar algunas provisiones. En eso estaban, cuando una mujer blanca alertó que «uno de aquellos negros la había piropeado», o acaso mirado, simplemente. La reacción de los blancos vecindados en Guanajay no se hizo esperar y, armados de palos y machetes, rodearon a Pluma y los suyos con ánimos de lincharlos allí mismo. No estaría de más aquí decir — y discúlpenme ustedes la digresión — que no pocos encarcelamientos y linchamientos de hombres negros por motivos semejantes ocurrieron por aquellas fechas, acaso el más conocido el sucedido en el pueblo de Regla, en la ribera este de la bahía de La Habana. Pero volvamos al conato de linchamiento en Guanajay. Pluma y los suyos, armados también de sus machetes de labor, se dispusieron a la defensa, lo que contuvo por un instante a los atacantes, tiempo suficiente para que acudiera al lugar dos parejas de la tristemente célebre Guardia Rural republicana, que impuso el orden y se llevó detenidos al cuartel a Pluma y sus compañeros. Del cuartel de La Rural, los trasladaron ese mismo día al vivac de la cárcel de Guanajay, sin fórmula de juicio ni mandamiento judicial alguno.

Dos o tres días estuvieron encerrados en una galera enrejada, sin casi alimentos ni agua. Fue entonces que Pluma

— que era hombre de mente ágil y probado valor — secundado por un negro apellidado Monje, compañero suyo de la guerra, fraguó un plan de fuga que llevaron a cabo de la siguiente manera: llamaron a gritos al rejero, que era centinela que portaba las llaves, y cuando éste se acercó Pluma sacó los brazos por el enrejado y lo asió firmemente por el cuello contra los barrotes mientras Monje lo despojaba de la llave que traía colgada del cinturón. Una vez afuera, se hicieron con el fusil y el revólver del custodio y en menos de lo que se los cuento irrumpieron por sorpresa en el cuerpo de guardia, desarmaron a los militares que allí se encontraban, se hicieron con los fusiles y el parque que guardaban en un armero, y con ellos se evadieron de la prisión y se internaron en la Cordillera de los Órganos, macizo montañoso que en Guanajay empieza y se extiende por más de cien kilómetros hacia el occidente de Pinar del Río. Eran quince hombres negros, todos veteranos de la Guerra de Independencia, todos expertos en el arte de sobrevivir a la intemperie en la manigua, ninguno afiliado al Partido Independiente de Color, que se «alzaron», se vieron obligados a «alzarse en armas», sin saber por qué, ni hasta cuándo, envueltos por la ola de represión racista antinegra que asoló a Cuba en mayo y junio de 1912.

Cómo terminó aquello puedo contárselos con pocas palabras. Un contingente de soldados, llegados de La Habana, se dio a la persecución de los negros «alzados» en Pinar del Río. Su jefe, me contó Pluma, era un capitán blanco, también combatiente del Ejército Libertador, que no era un asesino. Por la delación de un campesino, Pluma y los suyos fueron rodeados y conminados a la rendición. Uno de los suboficiales de aquella tropa quiso masacrarlos, al estilo de lo sucedido en Oriente. Pero el capitán se opuso e hizo valer su jerarquía tajantemente.

Encarcelados nuevamente en Guanajay, Pluma y los suyos fueron puestos en libertad meses después cuando la causa fue sobreseída.

Hasta aquí la historia de los negros alzados en Pinar del Río en 1912, tal y como me la contó José Jacinto Sierra Pluma, o como recuerdo yo ahora que él me la contó. Claro que semejante suceso fue recogido por la prensa de la época que pude consultar yo más de sesenta años después, como prueba documental — digámoslo así — del relato oral que el viejo combatiente me había narrado.

Pero les decía yo, al principio, que era mi intención formular algunas conjeturas que acaso podrían resultar útiles para estimular el debate. Allá vamos, pues.

El día de mi entrevista con Pluma, después que me contara la historia que acabo de narrarles, el viejo mambí tuvo a bien transmitirme algunas consideraciones sobre aquellos

hechos que me parece pertinente compartir con ustedes. Según Pluma, la intención de los alzados en Oriente el 20 de mayo de 1912 no era la de iniciar una «guerra». Se trataba — fueron sus palabras — «de un paripé», un simulacro de levantamiento armado previamente pactado con el presidente José Miguel Gómez. Esta «puesta en escena» — recordaba Pluma — con el consiguiente riesgo de desestabilización de la paz y el orden en la Isla, traería como consecuencia que el gobierno de los Estados Unidos interviniera militarmente en la Isla, a lo cual lo autorizaba la Enmienda Platt, apéndice impuesto a la Constitución, que ya se había aplicado en la así llamada «Guerrita de Agosto de 1906» cuando los liberales acaudillados por el general José Miguel Gómez se alzaron en armas ante el intento de reelección de Tomás Estrada Palma, primer presidente de la primera república cubana. Ante la amenaza de intervención de «Patatas largas» — así llamaba Pluma a los Estados Unidos de América, aludiendo seguramente a las caricaturas del Tío Sam que se reproducían en la prensa de la época — el Congreso cubano derogaría la Enmienda Morúa, demanda única que motivó el «alzamiento» de los Independientes, lo que de hecho los convertiría en Partido Político Legal automáticamente.

Todo el mundo sabía que hubo un pacto entre José Miguel Gómez y Evaristo Estenoz: «Ustedes hacen como que alzan, pero no me tiran ni un tiro». Alzados, pero tranquilos hasta que «Patatas largas» amenace con la intervención. Entonces el Congreso se abre de Patatas, deroga la Enmienda y aquí paz y en el cielo gloria. Pero José Miguel rompió el pacto — me aseguraba Pluma. Estenoz e Ivonet cogieron el monte convencidos de que ante la amenaza de intervención de «Patatas largas» el Congreso derogaría la Enmienda. Y José Miguel Gómez lo que hizo fue echarles el ejército arriba y cazarlos a tiros en las lomas de Oriente. Más tres mil negros fueron balaceados y macheteados por el ejército de José Miguel Gómez que traicionó el pacto hecho con Estenoz.

Esta versión que nos cuenta Pluma, es cierto que la historiografía apenas ha abordado, evade abordar, me parece. De haber existido tal acuerdo entre el Presidente de la República y el Presidente del Partido Independiente de Color, ¿habría sido éste refrendado en un documento, hasta hoy no hallado y que probablemente no se halle nunca? Es posible. ¿Habría sido suficiente para Evaristo Estenoz un acuerdo verbal, un «pacto de caballeros basado en la palabra de honor» con José Miguel Gómez, que había sido su jefe en la sonada de 1906 en la que ambos participaron? Es posible.

¿Cómo explicarnos, sino, que jefes mambises de tan vasta experiencia guerrillera como Evaristo Estenoz y Pedro Ivonet se «alzaron en armas» como quien va de paseo, casi

desarmados y sin tomar las más elementales providencias en cuanto a organización militar, logística, seguridad y custodia de los campamentos y comunicaciones?

Conviene recordar que la «guerrita de agosto», desencadenada seis años antes del pronunciamiento de los Independientes, contra el intento de reelección de Tomás Estrada Palma — con el consiguiente peligro para los intereses norteamericanos en la Isla — dio lugar a la segunda intervención estadounidense en Cuba entre 1906 y 1909. El resultado fue que «Don Tomás» no logró la reelección y José Miguel Gómez resultó electo Presidente de la República en las elecciones de 1908.

No debemos olvidar tampoco que en 1917, el mismo General José Miguel Gómez acaudilló el «movimiento armado» contra el gobierno del General Mario García Menocal, que ha pasado a la historia de la primera República cubana con el remoquete de «La Chambelona».

Y, ya para terminar, ¿no constituyó aquella masacre de 1912 una manera de exorcizar el secular «miedo al negro» que pesaba sobre la nación cubana desde la conspiración del negro libre José Antonio Aponte en 1812, refrendado después por las decenas miles de negros y mulatos cubanos que derrocharon arrojo y valor en cientos de combates por la independencia y la libertad durante tres guerras en el siglo XIX?

Lo cierto es que, después de la «guerrita del doce» devenida genocidio de miles de negros, los más veteranos de las guerras por la independencia, se acuñó en Cuba una suerte de refrán que todavía puede escucharse en la Isla: «No hay negro guapo, ni tamarindo dulce».

En fin, queridos amigos y amigas míos, haya habido o no pacto — tema que introduzco aquí, como ya dije, con la intención de estimular el debate — lo cierto es que el 20 de mayo de 1912, a diez años de la proclamación de la Primera República Cubana, se dio inicio a una de las páginas más horrendas y bochornosas de la historia de mi patria, cuando miles de cubanos negros y mulatos fueron cazados a tiros en las montañas del Oriente cubano, en última instancia por sólo reclamar los derechos que les pertenecían — como bien argumenta la profesora Helg — después de haber derramado ríos de sangre por su libertad y por la independencia de una República de Cuba que no «fue de todos y para el bien de todos» y los relegó a la marginación, la exclusión y la discriminación por el color de su piel.

Que no les falten la salud, la fuerza y la lucidez, queridos amigos amigas mías y Odùpué, que en la lengua de nuestros abuelos yoruba quiere decir... Muchas gracias...